



Tú un dragón, yo una ballena

Arturo Padilla

Ilustraciones de Laia Ferraté



algar

Destino Islandia

¡Ey, tú! Sí, sí, tú, quien está leyendo este libro. ¿Crees en los dragones? Pues prepárate, prepárate, porque lo mismo cambias de opinión en cuanto acabes esta novela. Yo aún sigo en estado de *shock*, porque esta historia ha sido tan alucinante... En fin, prefiero que tú mismo saques tus propias conclusiones; yo solo soy el narrador. No tengo nombre, porque no soy un personaje de la historia; únicamente soy una voz. Ahora bien, lo sé todo. Algunos me llaman narrador omnisciente, pero esa etiqueta no me gusta nada; me parece demasiado pomposa. Así que me puedes llamar «narrador» a secas. En teoría, me tendría que limitar a contarte la historia sin opinar (se supone que eso es lo que hacen los narradores), pero no prometo nada. ¡Es tan increíble lo que ha pasado que no puedo morderme la lengua!

Para que te sitúes: el protagonista de esta novela se llama Álex, tiene diez años y cursa quinto. Lleva unas semanas muy contento porque Alba, la niña que le gusta de la clase, lo ha invitado este sábado al *camping* donde se va cada fin de semana con su familia. Sí, te lo imaginas bien: Álex está más feliz que una perdiz. Pero..., antes de cantar victoria, tiene que pedir permiso a sus padres, y quiere hacerlo esta noche mientras cenan en familia alrededor de la mesa.

El padre, la madre y Nil comen en silencio. Los tres llevan tristes varios días por diferentes motivos.

Nil es su hermano mayor, tiene veinte años y está muy deprimido desde que lo ha dejado Paula, su novia de toda la vida. De hecho, casi ni sale de la habitación y se pasa los días jugando a videojuegos en línea. Con tal de animarlo, sus padres han planeado un viaje sorpresa para toda la familia durante las vacaciones de primavera.

Aun así, tampoco están demasiado alegres desde que detectaron una enfermedad poco frecuente al padre. Los médicos le han estado realizando un montón de pruebas, pero todavía no atinan con el tratamiento. Por eso, el padre tiene que acudir al hospital cada dos por tres y la madre siempre lo acompaña.

—Chicos, os tenemos que dar una noticia —anuncia el padre de repente—: mamá y yo vamos a tener que viajar a Alemania durante las vacaciones de primavera. Hay un hospital que va a probar un



tratamiento experimental conmigo que parece que ya está funcionando bastante bien en otros pacientes.

Álex y Nil abren los ojos de golpe. A Nil casi se le caen las gafas que lleva puestas.

—¡Qué bien! —grita Álex.

—¡Me alegro, papá! —exclama Nil.

—Por desgracia, no podremos ir al viaje sorpresa que habíamos estado planeando para estas vacaciones —añade—, pero...

Entonces se calla y carraspea, como hace siempre que quiere decir algo importante.

—Pero... ¿qué? —se impacienta Álex.

—Que vosotros podréis hacer el viaje igualmente —anuncia.

Los dos hermanos arrugan la nariz y se miran desilusionados. ¿Un viaje con Nil? A Álex no le apetece nada de nada; se acabaría aburriendo como una ostra.

—Yo prefiero quedarme aquí —suelta.

—Y yo también —se suma Nil.

—¡Por favor! ¿Cómo podéis decir eso? —se sorprende el padre—. ¡Con lo que nos ha costado organizar este viaje! Y ni siquiera sabéis adónde vais a ir.

—Me da igual, no quiero ir con Nil —se sincera Álex—. Es un muermo.

—Y tú, ¡un pesado! —se rebota su hermano—. No hay quien te aguante.

—Pues no os va a quedar más remedio que aguantaros —interviene la madre con contundencia—. El viaje está pagado y no nos devuelven el dinero, así que vais de viaje os guste o no.

Cuando la madre dice «os guste o no», la decisión es firme y no se le puede llevar la contraria.

Álex se cruza de brazos y se escurre en la silla.

—¡Qué rollo! —suelta enfadado.

—Lo vais a pasar muy bien —quita hierro el padre—. ¿Es que no queréis saber adónde vais a ir?

Los dos se encogen de hombros, aunque realmente tienen bastante curiosidad por saberlo.

—Vais a ir a Islandia —revela el padre.

—¿A Islandia? —Álex se rasca la cabeza—. ¡Si allí solo hay pingüinos!

A decir verdad, no tiene ni idea de si hay pingüinos. Por no saber, ni siquiera sabe dónde está exactamente Islandia, pero supone que debe de quedar cerca de Irlanda, Finlandia o Groenlandia.



¡Vete a saber! Todos esos sitios tienen nombre de lugares fríos y llenos de pingüinos.

—En Islandia os vais a encontrar de todo: volcanes, cascadas, acantilados... Vais a hacer una ruta en furgoneta para conocer toda la isla —les explica el padre—. Y también vais a dormir en la furgoneta; pero no os preocupéis, que tendréis de todo: sacos de dormir, utensilios de cocina, calefactores... Va a ser una aventura.

—Va a ser una tortura —lo contradice Nil resoplando—. Preferiría viajar con mis amigos.

—¿Con qué amigos? ¿Con los virtuales? —lo chincha Álex.



—Al menos yo tengo amigos, no como tú.

¡Uf! Este ha sido un golpe bajo. Álex se pone de morros. Todavía le duele hablar de sus antiguos amigos. Mira que se llevaba bien con ellos. Kevin, Pol, Unai y él se llamaban a sí mismos los Cuatro Fantásticos. Eran inseparables, pero últimamente se ha distanciado de ellos porque prefiere jugar con Alba y su grupo a la hora del patio. Y, claro, sus antiguos amigos se han enfadado y ahora todo son reproches: que si te has vuelto un chulo, que si nunca quieres estar con nosotros, que si te pasas las horas del patio con Alba... En realidad, son unos envidiosos, porque a los tres les gusta Alba, pero ella no les hace ni caso.



—Ja, ja, qué gracioso... No me extraña que te haya dejado Paula —le suelta Álex.

¡Uy, uy, uy! Esta respuesta todavía ha dolido más. Nil pone cara de vinagre. Aunque han pasado varias semanas, el chico aún está muy afectado por la ruptura. Su ahora exnovia lo citó en una cafetería y se quedó a gusto: que si siempre vas a tu aire, que si tienes la cabeza en las nubes, que si nunca te acuerdas de mí... Tenía tanta rabia acumulada que no le dejó abrir la boca. De todos modos, Nil tampoco habría sabido qué responder, todo sea dicho, porque Paula decía verdades como puños. Y desde ese día, no ha sabido nada más de ella.

—¿Os queréis callar? ¡Me estáis poniendo la cabeza como un bombo! —se altera la madre—. Si no hacéis un esfuerzo por llevaros bien, os vais con la tía Ramona todas las vacaciones.

Los dos se intercambian una mirada de horror. A Álex se le revuelven las tripas. La tía Ramona es superrestricta. La llaman «la Sargenta» porque no para de darles órdenes sin ton ni son como si fueran reclutas del Ejército.

—¡Ni de broma me voy con la tía! —salta Nil como un muelle—. Antes me piro a Islandia.

—Y yo. Lo que sea antes que la tía Ramona —se suma Álex.

La madre observa al padre, le acaricia la mano y en su rostro se dibuja una sonrisa de satisfacción.

—Así me gusta. Ya sabía yo que acabaríamos poniéndonos de acuerdo.

Y así es como Álex y Nil emprenden su viaje a Islandia, sin sus padres y sin demasiadas ganas de estar el uno con el otro. Ahora bien, ni de lejos se imaginan la cantidad de aventuras que van a vivir en una travesía que promete ser inolvidable.

